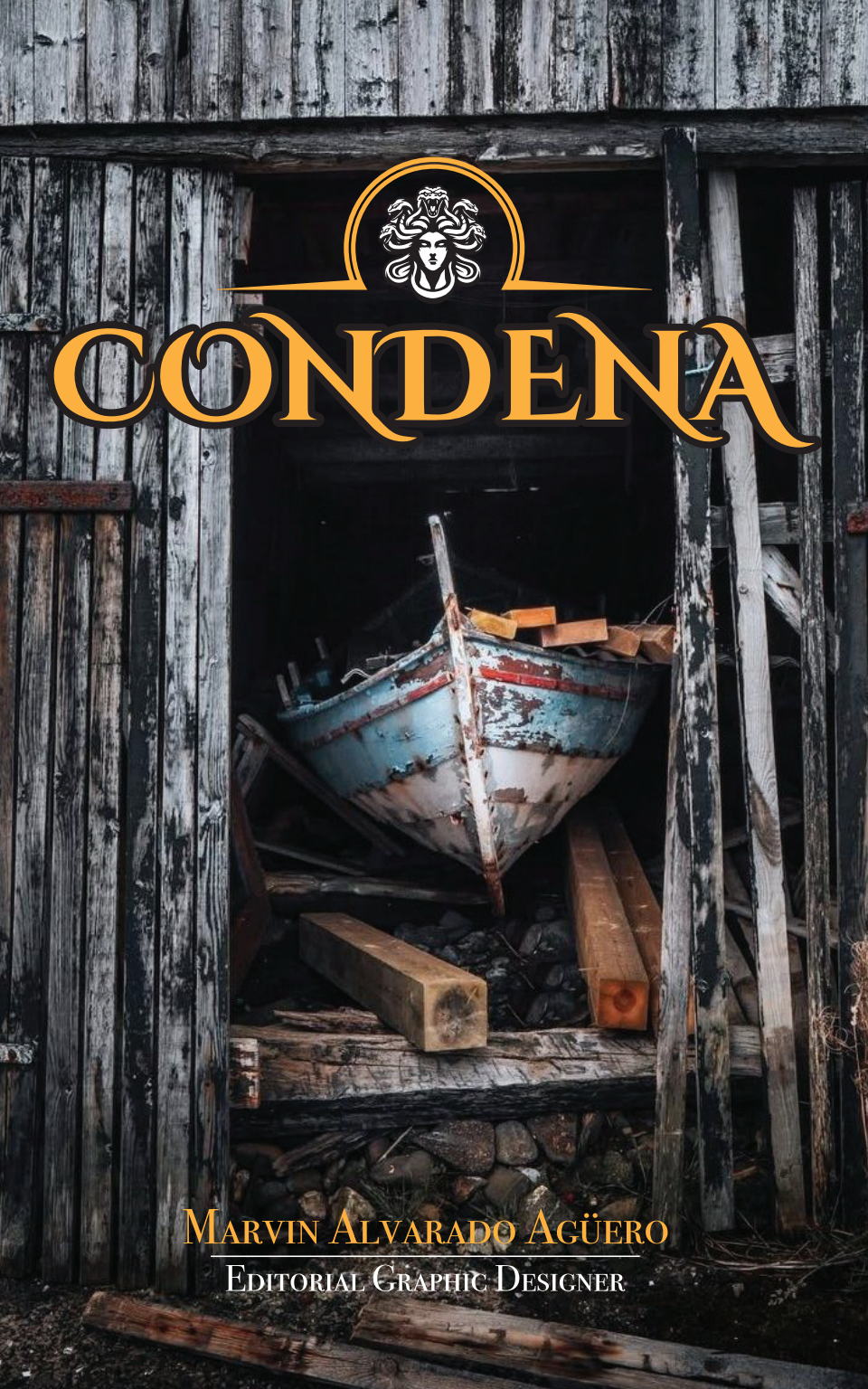
CONDENA
Marvin Alvarado Agüero
Editorial Graphic Designer

CONDENA

Marvin Alvarado Agüero

"Pagar condena sin comprender cuál fue el delito"

CONTENIDO

Dedicatoria vii

Capítulo 1 1

Capítulo 2 3

Capítulo 3 7

Capítulo 4 9

Capítulo 5 11

Capítulo 6 13

Capítulo 7 15

Epílogo 19

A los constructores de sueños,
a los que cambiaron sus raíces por alas,
a los que se atreven a surcar aguas desconocidas.

CAPÍTULO UNO: RENACER

"Renacer a la vida debería ser como zarpar hacia un nuevo horizonte, con el sol en mi casco y el reflejo del río en mi corazón."

Yo no elegí esta vida, no elegí la lobreguez de estas paredes, tampoco elegí el letargo hastío de morir prisionero...

Aún recuerdo, con la dulce punzada de la nostalgia, aquella tarde de sábado en el taller de don Piero.

¿O era domingo? A veces me confundo. Los días se parecen cuando se vive condenado entre paredes de madera y soledad, entre muros de culpabilidad, añoranzas y melancolia.

Se respiraba un aire denso de barniz, aserrín y pegamento; un perfume de renacimiento que salpicaba mi quilla recién lijada. El viejo carpintero, con manos sabias y mirada serena, daba los últimos retoques de pintura a mi casco. Y mientras su brocha danzaba sobre mi forro, un leve estremecimiento me recorrió de quilla a codaste.

No sabía si era placer o miedo. Tal vez ambas cosas.

El celeste cielo que cubría mi obra muerta parecía abrazar

las nubes blancas que flotaban en la obra viva, mientras un rojo escarlata —ardiente y vivaz— soplaba vida a la quilla, la roda, el trancanil y el codaste.

Don Piero, el viejo maestre, decía que el rojo espantaba la mala suerte.

Quise creerle.

Como sello final de mi naciente beldad, la sonrisa pétrea de Medusa, con su cabellera enmarañada, guardaba en la proa secretos antiguos, dando nombre y misterio a mi botadura.

Renací como bote, pero mi savia vieja no murió del todo; guarda ecos lejanos de historias susurradas entre las hojas, de monstruos y héroes, de sangres y destinos que no comprendí. Y cuando vi el rostro pétreo de Medusa en mi proa, algo antiguo tembló en mi interior de madera…

No era un pensamiento claro, sino un presentimiento, como el crujir de una rama que advierte la tormenta antes de que asome en el cielo.

—¡Es un lindo bote! —exclamó don Piero, con la voz llena de pasión de quien ha dado vida a la madera.

Yo sentí que me sonrojaba.

Si los botes pudieran hacerlo.

CAPÍTULO DOS: NAVEGAR

"A veces, el río acoge incluso a los que temen hundirse."

Martino llegó junto a su esposa, Iriabela —que cargaba en su vientre la promesa de una nueva vida— y el pequeño Fabiano. Tuvimos que aguardar un tiempo antes que el barniz secara y botarme al agua, y durante esa espera, Fabiano se entretuvo con Jacobo, un cachorro negro de cola recortada y una franja blanca que le cruzaba el lomo, terminando en una mancha curiosa en la frente, como una huella canina dibujada por el destino.

—¡No me gustan las culebras! —murmuró Iriabela, al ver el rostro pétreo de Medusa en mi proa—. Son portadoras de malos augurios.

Por un instante me sentí culpable. ¿Sería yo un mal augurio?

Martino solo suspiró, evitando mirarla a los ojos; Fabiano me acarició, intentando darme consuelo, sin entender del todo aquella sombra que acababa de posarse sobre nosotros.

Cuando por fin me sentí acariciado por el agua, supe que había encontrado mi destino. Fue una sensación única, mezcla de

abandono y plenitud que, en mi antigua vida como árbol de montaña, jamás habría podido imaginar.

El roce tímido de mi casco con la tibieza cristalina del río se convirtió en un susurro de bienvenida; la brisa, mi vieja amiga del bosque, se tornó en danzarinas olas con sensaciones nuevas que hacian temblar mis cuadernas y erizando mi piel recién barnizada.

Medusa, con su sonrisa esculpida, parecía otear los meandros, dejando caer sobre estas aguas el susurro de un destino que ni ella misma se atrevía a pronunciar.

El río, cuál espejo líquido, reflejaba las últimos fulgores del día. Sus aguas murmuraban historias extrañas mientras rozaban suavemente mi costado; relatos de nuevas y extrañas criaturas que flotaba en las aguas nocturnas.

Había tanto por aprender y entender de esta nueva vida que por un instante me sentí zozobrar en la incertidumbre.

Martino remaba con manos firmes, mientras Fabiano, con ojos asombrados, intentaba tocar a los peces que danzaban junto a nosotros.

Los brazos fuertes de Martino nos llevaron pronto al hogar: familia, perro y bote, juntos por fin. Atrás quedó el taller de don Piero, ese santuario de maderas viejas, robles y cipreses, donde renací para surcar ríos, mares y esteros.

Al menos, eso era lo que anhelaba.

—¡Te gustará tu nueva casa! —me dijo Fabiano, acariciando con ternura los cabellos de Medusa.

—Aunque mamá dice que das miedo —añadió bajito, como

disculpándose.

Jacobo, entretanto, marcaba su territorio sobre mi estribor, no era el tipo de bendición que yo esperaba, pero así empezaba mi vida de bote.

Iriabela se perdió en el interior de la cabaña, llevando consigo los víveres comprados en el pueblo. Me alegré que guardara silencio sobre Medusa, aunque intuía que, sin palabras, había levantado un muro invisible entre nosotros.

Martino, con poco esfuerzo, me sacó del agua y me acomodó bajo una improvisada rancha, hecha de vigas de bambú y techada con palmas de coco.

—Más adelante te haré una troja; ya va siendo hora de tener un sitio para guardar tantas cosas —dijo, mientras recogía los remos y el resto de bolsas del mercado.

Aquella noche, después de años, volví a escuchar la estridente serenata de grillos y chicharras, el concierto salvaje que acompañó mis días cuando era apenas un rama. Su chirrido me hizo cosquillas en el alma, si es que los botes tenemos alma.

Volví a contar las estrellas que desfilaban, quietas pero eternas, sobre el manto negro del cielo. Contemplé el brillo de la luna, blanca y enigmática, y, entre un destello fugaz y otro, me atreví también a pedirle un deseo, como antes, cuando tuve raíces

CAPÍTULO TRES: ANSIEDAD

"El rumor del agua enseña
canciones que ni la madera se
atreve a olvidar."

La mañana siguiente me sorprendió envuelto entre la neblina suave del amanecer y un anhelo profundo de navegar, de volver a sentirme vivo. Añoraba el instante en que mi quilla partiera el agua, las caricias tímidas del oleaje y las miradas curiosas de los peces que, como niños asombrados, me seguían preguntándose quién era aquel extraño visitante de madera que surcaba su cristalino reino.

Las aguas del río fluían suavemente hacia un cercano mar que, cada corto tiempo, completaba el ciclo entre la pleamar y la bajamar. Entonces era común ver la corriente retroceder, arrastrando consigo cientos de jacintos floreados de blanco y púrpura, en una eterna danza que marcaba el tiempo en aquel lugar.

Martino cargaba los remos, su atarraya y su arpón de dos puntas, también la pequeña caña de Fabiano; y con Jacobo de vigía en la proa, partíamos los cuatro al ritmo alegre de la corriente, buscando sorprender algún descuidado banco de peces en medio de su frenesí alimentario.

Se convirtió en una rutina que siempre deparaba aventuras, risas, cantos y muchos pescados para mi familia.

Era inmensamente feliz.

CAPÍTULO CUATRO: MISTERIO

"Hay silencios que pesan más
que el plomo, y noches más densas
que la brea."

Otras veces, al caer la tarde, Martino y yo zarpábamos solos. Sin atarraya, sin arpones ni cuerdas, sin Fabiano y sin Jacobo. Solo nos acompañaba el rítmico chapoteo de los remos golpeando el agua.

Martino remaba en medio de un silencio denso; no silbaba las canciones que cantaba con Fabiano, y su mirada se perdía, grave y lejana.

Yo sentía ese silencio posarse sobre mi cubierta como un manto frío. Un silencio que me asustaba, porque no entendía su razón… pero presentía que ocultaba algo oscuro.

Era un ritual misterioso. De cuando en cuando, el mar arrojaba unos "peces" extraños: sin cola, sin aletas ni ojos.

Su forma me recordaba más a un fardo que a un pez, y su tacto era rígido, ajeno al latir del río.

Caían sobre mi costado con un golpe sordo, y se acomodaban en mi vientre como un peso muerto.

Uno a uno iban ocupando espacio en mi interior; a veces eran cinco, a veces más, a veces muchos más.

Tras capturar el último, remontábamos las aguas hasta una vieja ceiba a la vera del río. Allí, entre sus enormes gambas, Martino descargaba su pesca silenciosa y la cubría con ramas y hojas secas.

Mientras tanto, la oscuridad contaba las horas.

Aquello también se volvió rutina. Misteriosa, furtiva, envuelta en un silencio que me calaba hasta la savia.

Tanto silencio y tanta oscuridad… me asustaban.

CAPÍTULO CINCO: VIVIR

"Entre la corriente turbia,
incluso una chispa de luz puede
salvarnos del naufragio."

La pesca nocturna pronto se alternó con largas esperas en el muelle del pueblo.

Algunas veces, Martino regresaba sonriente después de una larga ausencia y silbaba canciones durante el viaje de vuelta.

Esta vez traía paquetes diferentes, vivos y alegres, de formas y tamaños variados, con hermosas cintas y lazos que decoraban sus brillantes colores.

Esos paquetes pasaban lejos de la vieja ceiba y llegaban a iluminar los rostros de Iriabela y Fabiano con dulces sonrisas.

Fueron días intensos, de muchos viajes por el río: los de rutina alegre, iluminados con risas y canciones, chapoteo de remos y pesca viva; y los de rutina sombría, con paquetes pálidos, golpes sordos, silencio frío, oscuridad lenta e intensa.

La pesca nocturna trajo pronto la casita prometida por Martino, pequeña, tibia y acogedora. Con una ancha entrada sin puer-

ta, que me permitía observar durante el día el río y de noche las estrellas.

Sin embargo, el más grande regalo, no lo compró la pesca nocturna.

El nacimiento de Carina Giulliana, fue un rayito de sol en medio de los interminables aguaceros de octubre, y las furtivas noches de pesca.

Ese primer año en mi nueva familia fue un torbellino de alegrías, certezas e incertidumbres…

Dudaba si aquello fue del todo bueno o malo.
Tal vez fue ambas cosas.

CAPÍTULO SEXTO: AÑORAR

"La memoria no elige lo que guarda,
solo lo que duele."

A veces sueño que regreso al río. En mi sueño el inquieto Jacobo con su altiva cabeza y su mancha blanca, sobre la proa saluda el vuelo de los pájaros con sus ladridos. Lejanas quedaron las noches cuando se quedaba dormido entre mis cuadernas, cansado y sin fuerzas por corretear los martines pescadores a la orilla del río.

También regresa Martino, lleno de vida y alegría, con su atarraya, el arpón de dos puntas y los remos al hombro, silbando sus canciones mientras pesca. El amargo recuerdo de aquella última pesca nocturna, como un sabor que se niega a desaparecer, languidecía en mi mente, recordándome la tristeza y desolación de aquel momento.

En mis sueños el sol brillante ilumina la escena onírica de Fabiano con su caña de pescar y Carina Giuliana jugueteando con los jacintos, su risa infantil y su belleza inocente, mientras el aroma a flores y agua fresca llenan el aire. Una imagen contrastante de mi reclutamiento oscuro en esta prisión destartalada que acabó siendo la casita que me construyó Martino.

Sin embargo, los caprichos de mi memoria han desvanecido la figura de Iriabela de aquellos paisajes de ensueño, confinándola al escenario austero de las pesadillas.

Ella también regresa, como aquella tarde, que enloquecida de dolor y rabia, martillo en mano despedazó mi proa y arrancó a pedazos la sonrisa petrea de La Gorgona, y la arrojó al río junto con sus serpentinos rizos.

Desde esa tarde, Iriabela dictó sentencia y selló mi condena sin entender nunca, cuál fue mi delito.

CAPÍTULO SIETE: CONDENA

"Las aguas no perdonan, solo recuerdan; y en sus remolinos se encierran las decisiones que nunca podremos deshacer."

No fue el río quien se llevó a Martino, ni la enfermedad, ni el azar. Fue un remolino, uno de esos que nacen imperceptibles, pequeños en la orilla, y crecen en silencio hasta tragarse lo que encuentran.

Al principio, Martino lanzaba su atarraya en aguas tranquilas, pero un día comenzó a esperar en la desembocadura, donde el río exhala su aliento y entrega su corriente al vasto océano. Allí, entre ramas y espuma, arribaban paquetes sin dueño, apretados como si ocultaran en sus entrañas un corazón extraño; desde entonces, dejó de remar río arriba.

La ceiba gigante guardaba sus hallazgos en la sombra de sus gambas, pero en el río las corrientes hablan, y tarde o temprano todos escuchan. Esa tarde, otros pescadores llegaron sin canciones, con redes que no buscaban peces. Los vi acercarse, sentí el crujir de ramas secas bajo sus pasos. Hubo un golpe seco, un susurro breve, y luego lo arrojaron sobre mí. Martino cayó pesadamente en mis entrañas, respirando como quien carga con todo el río en el pecho.

Con un empujón nos lanzaron a la corriente y navegamos a la deriva. La corriente me tomó, y yo lo llevé a él. El agua golpeaba mis costados con un pulso irregular, como si quisiera acelerar su partida y a la vez retenerlo. El sol caía a jirones sobre su rostro, pintando su piel con destellos que se apagaban de a poco. Escuchaba su aliento entrecortado, el roce de su cuerpo contra mis tablas, y cada remolino parecía pronunciar una despedida distinta.

Pero el río no siempre es una línea recta. Cuando la marea cambió, el agua se devolvió, y con ella los jacintos floreados de blanco y púrpura, y entre ellos, nosotros. Fue entonces una danza lenta, tétrica, donde las orillas pasaban dos veces, los manglares repetían sus sombras, y las aves nos miraban como si ya supieran el final. Martino, cada vez más lívido, parecía levitar indeciso entre dos mundos.

No sé cuándo dejó de respirar; solo sé que la corriente y yo lo seguimos llevando, ida y vuelta, como un recuerdo que no quiere hundirse. Cuando al fin nos encontraron, solo quedaba un cuerpo vacío y el peso invisible de su alma ausente. No escuché lo que vino después, pero sé que Iriabela, al enterarse, volvió a llenar mis maderas de su furia.

La marea volvió a cambiar, y el río retomó su camino hacia el mar, como si nada hubiera ocurrido. Yo permanecí donde me dejaron, anclado en el silencio, mirando cómo las aguas se llevaban fragmentos de luz y hojas sueltas.

Comprendí entonces que la corriente no decide qué retener ni qué soltar: se limita a repetir su ciclo, igual que la memoria. Y en esa repetición, lo que alguna vez fue cuerpo se vuelve recuerdo, lo que fue voz se vuelve rumor, y lo que fue hogar se vuelve lágrimas.

El río siguió su danza, indiferente.

Yo, en cambio, me quedé impregnado con la tinta escarlata de la muerte.

EPÍLOGO

"La selva no olvida, solo reclama
lo que alguna vez fue suyo."

No sé cuándo empezó a crecer la primera hiedra sobre mi costado. Tal vez siempre estuvo allí, aguardando en silencio el momento de volver a reclamarme. El aire volvió a oler a tierra húmeda, y los matapalos treparon por mi quilla como buscando mis ramas olvidadas.

Con el tiempo, ya no pude ver el cielo: un dosel verde espeso cubría lo que una vez fue el techo que me construyó Martino. No sentí miedo ni pérdida; era como si la selva me devolviera a mi primera forma, cuando era árbol y tronco, cuando mis raíces bebían del mismo río que hoy me rodea.

La casa se desvaneció en la memoria, y el patio donde jugaron Fabiano, Carina Giuliana y el inquieto Jacobo se llenó de nuevos árboles. Aquí, en esta quietud, comprendí que todo lo que fue, tarde o temprano, regresa a lo que siempre ha sido.

Yo no elegí esta vida, no elegí la lobreguez de estas paredes, tampoco elegí el letargo hastío de morir prisionero… mas la escogería mil veces solo por la dicha inmensa de sentir nuevamente, el

arrullo del río bajo mis maderas, el abrazo húmedo del atarraya y su pesca, y escuchar las risas alegres de Fabiano y Carina Giuliana, mientras el sol se hunde en el horizonte.

Fin